

CUADERNO DEL ORIGEN

I. GENESIS

*La polvareda era húmeda antes de nombrarla.
Antecedió la lluvia, antecedió la lágrima
del mundo a la opaca noticia de las nubes
y todo acaeció
cuando el primer vagido estremeció
los decrepitos muslos de la madre.
Se ajaron las encías antes de aprender
a pronunciar vocablo semejante. Antes
de coincidir la luz en los primeros ojos
vacilantes. Aquello fue nacer
y fue desalentarse eternamente.
Nadie puede chascar la férrea argolla.
Algunos lo intentaron y su dolor fue lento.
No hubo siglo bueno. No hubo alivio
para los sedientos. Su dolor acumuló
la sangre de la tierra y desde entonces
nos retumban las venas. Desde antes
de las erupciones, cuando no había escribas,
poetas, eruditos, intérpretes del caos,
líderes de escarcha. Desde antes
de la leyenda de las erupciones,
cuando advino a los labios la primera palabra
iracunda y atronó los oídos de los débiles.
El mundo estaba henchido de volúmenes
sin nombre. Conocer fue condena
agobiadora, tumor inesperado.
Ahora, cuando nombro el corazón, es que tiritita.
Todo el mundo se pliega acurrucado
en ese lado izquierdo, afligida
herramienta de sonido fidelísimo, de cálida*

*memoria de caballo. Me late y es noticia
de existencia. A veces todavía
un rayo ilumina los senderos. Subsisten
los senderos. Los mismos recovecos
de grava milenaria. Mi pisada cansina
sucede a tu pisada. Cada gramo es otro gramo.
Cada hombre otro cadáver ambulante.
Se nos cumplen los años mientras cambian
las ciudades, mientras se muda de hombros
cada traje, mientras se fraguan muros
en torno a las viviendas, y peor:
en torno a los vecinos.*

*De repente llegaron a nosotros. Eran
ancianos, itinerantes, nómadas. Una tropa
de mudos. Nos legaron sus señas
y sus gestos en papiros enormes, en lágrimas
de mármol, en ánforas insólitas.
Vestigios del vagido primigenio.
De su siglo incalculable proceden
nuestras canas. Nadie hubo capaz de iniciar
la quimérica cuenta de las edades.
Sus marchitas ofrendas perecieron. Nadie
sabe su aspecto. Acamparon sus harapos
en los valles. Quizá no se vestían.
Hablaban, cuando hablaban, una lengua
ajena y olvidada. Arribaron, hay indicios,
poco a poco. Pusieron la primera certidumbre
en los caminos. Cómo saber si inventaron
la lluvia o se vieron empapados una noche
de viento. Quizá ese vaho que lastima
mis huesos es vapor de aquel diluvio,
pavor amaestrado de aquel viento.
Quizá murieron muchos en las primeras
borrascas de la historia. Pero antes
tallaron en la mente de los hijos ideas,
palabras, sacudidas: es tiempo todavía.
Y era antes de nada, antes del sacrificio
de las reses en honor del sol, mucho antes
del nacimiento del primer vástago
llamado jua guturalmente, progenitor*

*de juan, padre mío, antecesor callado,
mellizo misterioso.*

*Se les vino la vejez al esternón.
Hubo un primer anciano que solicitó
mi nombre en una cueva. Tardé milenios
en atender a la llamada. Pero me germinaron
y escuché nitidamente. Estarían desnudos
y enfermos. Solamente los más fuertes
prolongaron la estirpe. Sembraron
los campos de café. Suyas son las semillas,
las uvas, los surcos, los tallos de romero,
suyas son estas penas, suyo el cuenco
de mis manos, mis articulaciones tuyas.
Les debemos el pan la lengua los aperos
los atajos.*

*No sabían la guerra
y sin embargo estaba allí bajo sus pies
como colchón de fuego, alrededor
la niebla. Arañada a sus cuerpos
aguerridos, en contacto con la tierra.
Fue su lecho la pólvora el carbón
los diamantes. A pleno sol bebían
el vino lujurioso. Uno dijo murió madre
y repartieron la lágrima rotunda,
pero no se restregaron la zozobra.
Indeleble, la huella prendió en nuestras ojeras.
Qué arcaico semejante se quejó primero,
colocó el primer mojón junto a los árboles,
conjugó el verbo arreciar, vivir, segar
la espiga, cuál de ellos enunció
barro vasija parque público estoy triste,
cuál de ellos, indolente, aduló
grotescamente y echó todo a rodar:
—luego vino este alud interminable.*

*Morir pocos murieron sin daño
pero no lo sabían. Es más fácil padecer
que saber cuándo. Un mal día, el ojo impregnó
su vacío con el horror y cegó eternamente
a la inocencia. De ahí ya no hubo escapatoria.*

*Se asumió que el tiempo acecha
como gozne carcomido y cede, teje astillas
en las manos, azota la belleza, petrifica,
devora mi quejumbre, me hace chirriar
como bisagra tiesa, mina el espinazo
y lo derriba hueso a hueso. Son tuyas
mis heridas mis júbilos mis fingimientos.
Mis hábitos son tuyos. Lo escribo
e ignoro casi todo. Ignoro si vivimos
todavía la humedad de las primeras lluvias
o el eco del vagido prehistórico.
Ignoro si sabemos algo más que dar un nombre
a cada miedo, socorrer al tullido
que en nosotros se apresura al violento
desenlace, se rasca empedernido las vendas
que lo cubren, se desplaza flexible
y decidido al estúpido y monótono
riesgo del derrumbe. Ignoro si ahora, siempre,
cuándo, tiritita el corazón. Lo nombro
(¡por si acaso!) y me adormilo.*

II. TRANSITO

*Pero sé que faltarán las uvas
cuando falte el más viejo del umbral
entreabierto. Las cosechas no darán
sino ácido y azufre y un poco de barbecho
y otro poco de podre. Los descendientes
andarán su vaivén a la ciudad, cabeceantes,
y cenizas de plomo fulminarán allí
sus hábitos raídos. Los amigos
serán deudos de la misma majada itinerante.
Qué sórdido silencio en sus costados.
Los delgados hijos de mirada pajiza
y escurrida, moqueando, nada sabrán
de vivaldi mientras vivan,
pero nada tampoco de cepas hinchadas
de sazonado azúcar. Irrumpirán tan mudos,
tan márgenes, tan abollados. Aspirarán
como si fuera cierzo el gasógeno
de los tubos de escape, como si fuera*

*bueno. Supurarán las heridas que antaño
se lavaban en arroyos. Pero van a sobrevivir
tozudamente a tal oprobio, no lo entiendo,
van a durar hasta el taller ruidoso
que les pondrá la bata azul sobre la tierna edad.
Qué uñitas de mugre sobre la harina
de su pan, sobre la lana de sus muslos,
en la loza de sus platos, en sus sábanas
zurcidas. Qué uñitas de hiel
que nada saben de huertas y mazorcas,
pero tampoco nada de vivaldi. Escucharán,
con risas, abuelo estuvo siempre adentro
del sarmiento, y no tendrán memoria del goteo
pegadizo de su acento. Qué remota manera
de callar la suya,
tan olvido de la raíz,
tan desdichada.*

*Y faltarán, habrá
escasez de pan cuando la mies no encuentre
caliente puñado alrededor. Qué perversa
escocedura sentirá la espiga. Qué dádiva
precisan estos niños nacidos sin mar,
sin cielo, sin esa eternidad que cruje
en ruedas de carreta, en las sogas
de alambre de los muelles. Qué frenética,
famélica, extenuada manera de callar,
qué manera de alterar la dinastía
que rebulle bajo piedra. Qué escalofrío
en su candor de pérdida, en su pérdida
de nombre. Tampoco yo, urbano, lacio,
niño entre macizos muros preso, tampoco
yo recuerdo cómo decir las melodías
que se remueven en la lejana orilla.
Tampoco soy feliz en mi vigilia, pero sólo
aguardo eso: pronunciar. Qué vergüenza
espanto gana deambula por el frío
de mi lengua. Qué añoranza por mi dorso.
Qué pena acezante por mi víscera de amar.
Qué bruma por mi córnea. Qué misterio
de erosiones por mi ropa. Nada refuerza
nuestro sabor a aldea. Qué esparadrapo,*

*dime, apégame, qué venda va a cuidar
las quemaduras de la mitad que ya no somos,
dime, astutos ignorantes, tan pobres
de caminos, moribundos de manantial,
de nubes, de larguísimos minutos, dime,
de larguísimas consejas al abrigo
de las chimeneas. Qué gasa, dime,
cubrirá nuestra niñez.*

*Qué inseguro descalabro de raíz,
qué manera la suya de quebrarse, tosca,
infinita, arrebujada en soportales grises,
truncada burdamente, qué manera de horror:
¡sin estiércol de res en media vida!*

*Aquel niño (entre macizos muros) no estaba
en tus ásperos bolsillos. No supiste de él
desde la lluvia de abril que sacudió
la memoria, transformó los pasos
en zancadas, torció los caminos, enrevesó
los cabellos, deshilachó los cuadernos
escolares en desorden tan pulcro
de letritas informes.*

*Sucedieron alaridos, deshielos, ataduras,
se sumergió maleza en las rodillas, se trenzó
soledad en las espaldas. Pasaron años
de tristeza, tentativas, páginas, peleas
y nostalgias olvidadas. Cómo aviejan
los ladridos afilados de la sombra.*

*De qué sirvió temblar la convulsión
en el pasillo. De qué te sirve ahora,
herido por la barba de las cosas, cuando
es tarde tu lápiz para nombrar aquello
y darle rienda a la mirada antigua,
hostil escombros, pequeña y errabunda,
cáscara de moho, monótono declive
avizorando escoria, de qué te sirve ahora
la rumia del corazón, quejumbre aviesa.
La infancia viste prendas pasajeras,
se arrima cada vez a más ajado, qué roído*

legajo de polvo, la infancia está
ya nunca, está qué vieja en el retrato
de pared con mis hermanos, ya canosos
escépticos conmigo. Tantos son, tantos
hasta once empedernidos vivientes
a su modo. Cómo se viene a la frente.
Qué costra restregada, qué odisea
al inicio, qué lento
retroceso. Jamás retorna el envés
de los años, la ubre de tiempo
que forjó mi voz. Qué antigüedad
mi muela de roer turrónes, ¡ya no me rabia
nada! Qué profético daño mi daño
primitivo, mi originaria
lágrima, el añejo lagar de mis arrugas
prematuros. La infancia está ya nunca,
proa al horizonte, está ya pieza
de pasado en los baúles, descosida,
tan callando. Está tan nunca
como el fuego del infierno. Y mi lúdica
jactancia de aquel tiempo de orillas
irrenunciables

¿qué derrumbe la entorpece?

Y mi casa primera ¿qué grasiento
metalúrgico la habita, hecho unos zorros,
inhábil, viudo de qué afecto? Y el brazo
de muñeca de mis primeros dientes
¿qué destrozo lo separa hasta la sola
imagen? ¿Y mi brote de manzano mi haba
de maceta mi semilla mi rama
de morera mi rincón de minerales?
¿quién cuece mi leche en aquel cazo sagrado?
¿Y el desgarrón invernal de mi trompo
olvidado? ¿Y la lágrima más grande
de mi padre? ¿y mi lágrima unánime
a la suya? ¿Y mi hermana muerta, Rosa
rota sin aire mientras trepa
mi inocente silbido la escalera? ¿Y el oxígeno
de entonces, que se llevó su cuerpo
al ténpano? ¿Y mi hermana muerta muerta

*muerta de dieciocho años que tendría
al sol de su vestido?*

 Mi infancia

*está ya nunca para siempre como un chopo
caído, telaraña fecunda
en mi pupila. Y mi lágrima unánime
a la suya va escarbando innominables
surcos de pobreza.*

III. CLAUSURA

*Después de amasar tanto caudal
de agradecimiento, tanto tierno
transcurso de pisadas, tan luego
me iré de latitudes así, tan despacio
de este cuadradito de terrazo sin alfombras,
con el solo fermento de mis plantas
en las cunetas, tan súbito me iré,
generaciones, diluvios, glaciaciones
venideras, tan súbito
al ocaso, temprano, flaco inexorable,
pertinaz cabizbajo. Tan luego
me separo, me implanto cada hueso
en la ribera otra, cállome
en lo inmenso, cáigome.*

 Tan luego

*me cierno de silencio (ese sí,
tan duradero), me desgajo, me rompo
hacia olvido (ese sí, tan hondo
y absoluto).*

 Me hago nada tan luego,
*hijos, nietos, ceniza secular, cueva
de mi antaño; me reparto
con la sombra, me aparto, extinto, de vosotros,
de vosotros tan luego, cómplices,
dulces, embriones de luego, fugitivos
del tedio, misericordiosos, placenteros,
confusos, tristísimos y bellos... Ya vendréis
a visitarme los andrajos, la sombría
calavera, ya vendréis, sembraréis
junto a mi túmulo la blanca levadura*

*de vuestras encías... Despidome,
me parto en dos mitades, perecedera
ésta que (cuando empiezo) expira; la otra
infectada de gérmenes desconocidos;
me parto en dos guijarros: mi testimonio
de pasmo aquí, la emulación de mis fisuras
tan luego (cuando ya no dure nada,
cuando a mi noche suceda vuestra noche).*

*Cómplices, herederos, inmortales, oídme:
la vida dona un ruido que supe
a la desgracia, y luego calla.*

*Después de amasar tanto caudal
de agradecimiento, tanto tierno
transcurso de pisadas,
tan luego
me parto de vosotros prontísimo
y descalzo pero ya sin horror,
ya sin horror (tapadera
de niebla), oliendo tan ávido
a húmedo terrón, término
exangüe, fiel
camino,
trasládome a la caja sin cesar
y melancólico, devoto de vosotros
para siempre, trasládome a la caja
rugiendo de livido infortunio,
bañado de cardíaca hermandad,
acariciados.*

ALFREDO BUXAN

Avda. Generalísimo, 11 bis
MATAPINO (Madrid)